

LA MAR EN COCHE

● **MARCHA** premia con \$ 100 la mejor colaboración del mes. No es necesario que ésta venga redactada; pero el remitente, eventual triunfador, debe enviar los datos que permitan su identificación.

ABZURDO.— El periódico "Combate", de difusión entre profesionales, editorializa sobre "La enfermedad sinestra" (julio, 1965); no consta el nombre del autor, pero aquí debe consignarse que el Dr. Alberto Roca es el director, redactor responsable y humorista nato.

"Según reza el diccionario, son sinónimos las palabras izquierda, zurda, sinestra. Por extensión, se las aplica a todo lo torcido o contrario a lo habitual. El zurdaje no es frecuente en el género humano; (convencelo de eso al Dr. Stajano) lo normal precisamente es que sea diestro. Hay especies zoológicas en cambio que tienen una marcada tendencia sinestra: tal el caso de unos cuadrumanos inferiores, los mandriles, que hasta exhiben ostentosamente su zurdaje".

"En el género humano, el tratamiento del zurdaje no es de técnica simple. Tanto es así que cuando el médico descubre, en un pequeño, alguna tendencia al zurdaje, de inmediato advierte: ¡cuidado! ¡no hay que contrariarlo! Y así es que al zurdo se le malcria, se le mimó y hasta se le compadece. El resultado es que el zurdo se hace más zurdo, y por tanto, se agudiza su anormalidad de origen" (es lo que dice el Mentodeparta de Doesta).

"La enfermedad, sin embargo, puede ser curable. Sobre todo cuando existen investigadores que la estudian como el Dr. Polivalenko, de la Universidad de Kazán, Rusia, (notorio ambidestro) que acaba de descubrir una droga, la «dextrosa NKVD», con la que, por lo menos, ha logrado disimular el izquierdismo" (por mucho menos fue dextrosado Nikita).

"La técnica rusa, como era de esperar, ha revolucionado los medios científicos, y hasta hay quienes se oponen abiertamente a esa terapéutica, como el Dr. Mao Pipí, de la Universidad de Pequín, que insiste en enzurdar más a los zurdos y en eliminar a los diestros" (el Dr. Chiang Kk se propone lo contrario).

Crónicas de El Hachero

Réquiem para mil perros

HAY una especie de humorismo, —más vale encararlo así— en dos acontecimientos que casualmente se producen al mismo tiempo. Humorismo negro, por supuesto: negro como sus ojos, negros como mi suerte, que deleita al poeta: negro como esas bolsas negras que acaparan el comentario popular. Por un lado, un grupo de señoras y señores graves, honestos, amantes de los animales, que organizan una exposición de perros, seleccionando los mejores y más completos ejemplares; por otro lado, otro grupo de señores y señoras también graves, también honestos, también amantes de los animales, que han resuelto el exterminio de varios cientos de ellos por la imposibilidad de mantenerlos. Dos situaciones de indudable contenido humano que, sin embargo, toman caminos divergentes; dos posiciones que se sitúan en el mismo amor a los irracionales y que se dirigen por rutas opuestas hacia idéntico fin. Supongo que llego demasiado tarde para ponerme a filosofar sobre estas cosas de la vida que sólo pueden explicarse con amarga resignación: cosas de la vida.

SON dos aspectos de lo que podría calificarse como selección natural: uno, perfeccionando a los más aptos como medio para llegar a una raza superior; el otro sacrificando a los desvalidos. Por una parte, precauciones contra las enfermedades: "joven edad", hepatitis, lombrices, metodización de los alimentos, a base de churrascos, arroz, cremas, zanahoria rallada; de la otra parte los que deben morir porque no tienen ni un hueso para roer. Canes aristocráticos de pedigree, hijos de padres también ilustres aquéllos; estos otros, hijos de desconocidos que se encontraron un momento en la calle. Igual que la gente; lo mismo que la morenita a que hace referencia cierto documento: tiene un hijo pelirrojo:

—¿El padre era rubio? —la interroga el médico.
—No sé —contesta azareada la india—: ¡tenía el sombrero puesto!

SON cosas de la vida; bajo este rubro poseo una experiencia, de muchos años acá, de las que más me han impresionado. Una vieja bruja —no sé si lo era, en verdad o si fue así que la vi— no importa por qué razones quiere deshacerse de su perro y llama a un enlazador de la perrera. El animalito, asustado, busca la protección de la patrona ocultándose bajo su falda. Ella, entonces, lo toma en brazos y acariciándole la cabeza para alejarlo de todo temor, lo entrega al verdugo. Estoy tratando de no dramatizar la escena que por sí sola se describe. Quiero aclarar, en cambio, que aunque parezca mentira, no pude oír a aquella mujer. Lo que acababa de hacer era tan grande, tan tremendo, que superaba todas las capacidades de repulsión y de odio; estaba más allá de lo humano; se me ocurrió que aborrecer a aquella repugnante anciana era lo mismo que execrar a un Nerón por el incendio de Roma. Una bestialidad que tocaba lo sublime y, para mí, la

enseñanza de hasta dónde puede llegar la sensibilidad en una persona normal. Porque aquella mujer lo era, aunque cueste creerlo.

COMO contraparte en esas cosas de la vida, tenemos en los diarios de casi todos los días, las escenas de guerra. La foto es explícita; tiene un fondo de cañones, de fusiles, de ruinas, pérdidas entre el humo. En primer plano, mujeres, niños, ancianos, que huyendo de los invasores marchan tristemente, silenciosamente, hacia quién sabe donde, a tratar de subsistir un poco más. Llevan consigo lo más indispensable que han podido recoger en la precipitación de la huida: ropa, alimentos, abrigo. Y muchos de ellos, una jaula, un perro atado a un corbel, un gatito en los brazos. Mientras allá, a unos centenares de metros, los hombres poseídos por la rabia y el odio no respetan nada, se matan entre ellos, incendian hogares, deshacen todo lo que encuentran a su paso, acá, en primer plano, hay una pobre mujer que no ha podido abandonar a su pajarito. Mientras allá, a pocas cuadras, los hombres se exterminan, aquí, las víctimas inocentes de ello tienen corazón para amar a un animalito insignificante. Son los grandes contrastes de la vida.

NO me cuento entre los sentimentales que se llenan de lágrimas en presencia de cualquier irracional por el solo hecho de que lo sea. Me gustan los animales pero dentro de límites y, por ello me siento solidario con el hombre que también los ama. Pero me revientan esos que llevan su cariño hasta no poder vivir sin un perro y, como carecen de comodidades, lo destierran a la azotea o al balcón, a morirse de frío, de soledad, de calor. En esto, como en todo, hay limitaciones. Respeto al hombre que cree en Dios y hasta lo envidio porque tiene la suerte de creer, pero me matan esos que se arrastran de rodillas por los corredores del claustro; me gustan los que creen en Carlos Marx porque el marxismo es una ciencia, quizás más exacta que las matemáticas, pero me amargan los que si me vieran tomando una coca-cola (¡Dios libre y guarde!), me acusarían de imperialista; me gustan los hinchas de Carlos Gardel porque yo también lo soy, pero me parten por el eje esos que se soplan dos copas y ya quieren salir a la calle a discutir a piñazos si apareció o no otro Gardel. Me gustan los perros pero sobre todo "mi" perro. Y si lo encuentro peleando, no tengo mayores escrúpulos en despojarme del espíritu deportivo largamente disciplinado, y encajarle una patada al otro perro cuando va perdiendo el mío, (que es chiquito y ordinario y quizás por eso más inteligente y amigo). Si todos los quisieran así, no habría ahora mil animales condenados a muerte. Mil procedentes de otros tantos magníficos cornudos que un día llegaron a casa con la sonrisa feliz del triunfo estampada en su cara de queso fresco, abajo del brazo un cachorrillo para que entretenga al nene. Y el nene creció, ambos crecieron. (cada año del nene equivale a cinco del bicho) y cumplida su misión de "cachorro" fue arrojado a escobazos.